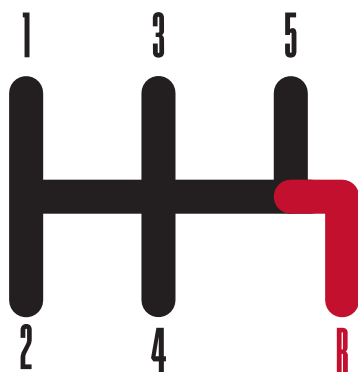


# EL GRAN

UN DEBATE INTERNACIONAL SOBRE EL RETO URGENTE DE RECONDUCCIR  
EL RUMBO DE LA DEMOCRACIA

# RETROCESO



Santiago Alba Rico Arjun Appadurai Zygmunt Bauman Donatella della Porta  
Nancy Fraser Marina Garcés Eva Illouz Ivan Krastev Bruno Latour  
Paul Mason Pankaj Mishra Robert Misik Oliver Nachtwey  
César Rendueles Wolfgang Streeck David Van Reybrouck Slavoj Žižek

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

---

## El gran retroceso

**Santiago Alba Rico**

**Arjun Appadurai**

**Zygmunt Bauman**

**Donatella della Porta**

**Nancy Fraser**

**Marina Garcés**

**Eva Illouz**

**Ivan Krastev**

**Bruno Latour**

**Paul Mason**

**Pankaj Mishra**

**Robert Misik**

**Oliver Nachtwey**

**César Rendueles**

**Wolfgang Streeck**

**David Van Reybrouck**

**Slavoj Žižek**

Traducción del inglés por Javier Calvo, Claudia Conde  
e Íñigo F. Lomana

Traducción del alemán por María José Díez Pérez

Traducción del francés por Adolfo García Ortega

---

Título original: *Die große Regression. Eine internationale Debatte über die geistige Situation der Zeit.*

- © de este volumen (excepto los artículos de Santiago Alba Rico y Marina Garcés), Suhrkamp Verlag, Berlín, 2017  
Edición original y prólogo a cargo de Heinrich Geiselberger
- © de los textos: «Retrososos, repeticiones, restas», Santiago Alba Rico, 2017; «Fatiga democrática», Arjun Appadurai, 2017; «Síntomas en busca de objeto y nombre», Zygmunt Bauman, 2017; «Políticas progresistas y regresivas en el neoliberalismo tardío», Donatella della Porta, 2017; «Saltar de la sartén para caer en las brasas. Neoliberalismo progresista frente a populismo reaccionario», Nancy Fraser, 2017; «Condición póstuma», Marina Garcés, 2017; «De la paradoja de la liberación a la extinción de la ética liberal», Eva Illouz, 2017; «Un futuro para las mayorías», Ivan Krastev, 2017; «La Europa refugio», Bruno Latour, 2017; «Superar el miedo a la libertad», Paul Mason, 2017; «La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la ilustración», Pankaj Mishra, 2016; «El valor de la audacia», Robert Misik, 2017; «Descivilización. Tendencias regresivas en las sociedades occidentales», Oliver Nachtwey, 2017; «De la regresión global a los contramovimientos postcapitalistas», César Rendueles, 2017; «El regreso de los reprimidos como principio del fin del capitalismo neoliberal», Wolfgang Streeck, 2017; «Estimado presidente Juncker», David Van Reybrouck, 2017; «La tentación populista», Slavoj Žižek, 2017
- © por la traducción, Javier Calvo, Claudia Conde, María José Díez Pérez, Íñigo F. Lomana y Adolfo García Ortega, 2017
- © Editorial Planeta, S. A., 2017  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Los artículos de Santiago Alba Rico y de Marina Garcés se han confeccionado expresamente para las versiones española y catalana de este libro y no están incluidos en la edición original en alemán

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-322-3237-4

Depósito legal: B. 7.462-2017

Composición: Àtona – Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## RETROCESOS, REPETICIONES, RESTAS

por Santiago Alba Rico

Es difícil saber si, por ejemplo, san Benito de Nursia, fundador de las órdenes monásticas en el año 529, mientras huía a Montecasino en medio de las ruinas del Imperio romano, experimentaba con conciencia el «fin de una civilización» o si —mucho más probable— consideraba ese caos como «un tiempo de descuento» que anunciaba y retrasaba el inexorable retorno de Cristo. Lo cierto es que el cristianismo, frente a la circularidad griega y la verticalidad gnóstica, desenredó y estiró el tiempo para convertirlo en una línea continua que, trasladada del ámbito de la salvación al de las sociedades, dio lugar, por distintas vías, a los conceptos ilustrado y capitalista de la Historia. Para los cristianos, la Historia estaba en permanente regreso; para los modernos, a partir de la Revolución francesa y de la revolución industrial, en permanente progreso. Para unos y para otros, en todo caso, rodaba sin parar, cuesta abajo o cuesta arriba, hacia su feliz consumación. Desde que Hegel sistematizó en 1807 esta

---

idea,<sup>1</sup> la humanidad occidental ha vivido cada crisis y cada guerra como un paso necesario hacia un futuro mejor. La serie creciente de los números a partir del año «cero» de nuestra era se concibe espontáneamente como una ganancia, como un aumento irreversible de nuestro saldo bancario: no es posible imaginar que 2017 es menos, y no más, que 2016. Llevamos dos milenios ahorrando años —mientras nos endeudamos, nos sacrificamos y sucumbimos— para cambiarlos al final por una chocolatina o un teléfono móvil.

Esta idea de la Historia como Progreso, que compartieron Marx y los marxistas, fue apenas cuestionada por algunos agoreros: Hermann Lotze<sup>2</sup> en las postrimerías del siglo XIX, Walter Benjamin<sup>3</sup> y Louis Althusser<sup>4</sup> antes y

1. 1807 es la fecha de publicación en Alemania de *La fenomenología del espíritu*.

2. «Frente a la afirmación creída con complacencia de un progreso lineal de la humanidad [...] una reflexión más cuidadosa se ha visto hace mucho obligada a descubrir que la historia se retuerce más y más en espirales; unos epicicloides se antepusieron a otros; en suma, nunca faltaron melancólicos rodeos para admitir que la impresión global que produce la historia no es la de una elevación pura sino la de una melancolía predominante. Una observación sin prejuicios empezará siempre asombrándose y quejándose de la gran cantidad de bienes culturales y aspectos genuinamente bellos de la vida [...] que han desaparecido para no volver jamás.» *Microcosmos* (1864).

3. Ver sus conocidas *Tesis sobre el concepto de Historia* de 1940, en una de cuyas notas preparatorias dice: «La catástrofe es el progreso. El progreso es la catástrofe».

4. En una de sus obras recientemente reeditada, *Iniciación a la filosofía para los no filósofos* (Siglo XXI, Madrid, 2016), Althusser subrayaba que lo propio de la filosofía materialista es «afirmar que hay en el mundo un buen número de cosas que no tienen ningún sentido y no sirven para nada [...], que hay pérdidas absolutas (que no son jamás resarcidas), derrotas sin apelación, acontecimientos sin ningún sentido ni consecuencia, empresas e incluso civilizaciones ente-

---

después de la Segunda Guerra Mundial. Su interpelación a las ruinas y las derrotas —a pérdidas sin redención ni indemnización posible— parecía chocar contra el sentido común aherrojado después de 1945 por la aceleración del consumo, por la segunda revolución industrial y por la derrota de la URSS en 1989, umbral utópico de una fusión definitiva, fuera de la Historia, entre paz y democracia. En los últimos diez años, esa ilusión se ha venido estrepitosamente al suelo y de manera tan global como global fue su vuelo. La crisis de 2008, el viraje del optimismo tecnológico hacia la amenaza robótica, el retroceso del Estado del bienestar y de los derechos sociales y civiles, el retorno de la guerra con sus desplazamientos de población y sus metástasis terroristas, han volteado también la conciencia del tiempo, que parece ahora detenido, coagulado y cuarteado en su cauce. Hay una percepción generalizada de «fin de civilización» y también de Retroceso, como el título de este mismo libro indica. La linealidad cristiano-ilustrada es sustituida de nuevo por la circularidad griega o por la verticalidad disruptiva de los gnósticos, tal y como la expone el historiador Henri-Charles Puech en su conocido estudio de 1978.<sup>5</sup> Frente a la corriente más o menos estable o zigzagueante del Progreso continuo, la Historia vuelve ahora a los *limes* del Imperio romano o al periodo de entreguerras del siglo xx: se hace un lío, entra en bucle, cae en picado —dando vueltas— en el pasado más trágico. Frente al Cambio como tránsito acumulativo de la cantidad a la cualidad

---

ras que se malogran y se pierden en la nada de la historia, sin dejar ninguna huella, igual que los ríos que desaparecen en las arenas del desierto».

5. Henri-Charles Puech, *En torno a la gnosís*, Taurus, Madrid, 1991.

---

—el de las antiguas revoluciones—, ahora la transformación es súbita, fulminante, desde el cielo, sin preparativos ni precursores: el «acontecimiento» de Badiou como contingencia contrahistórica es la cara incusa del atentado terrorista que puede sobrevenir en cualquier lugar y en cualquier momento. La Historia de los humanos, como la paleontología de Cuvier, es vivida de pronto como una sucesión aleatoria de catástrofes. El capitalismo, el más destructivo y el más optimista de los sistemas, se ha vuelto repentinamente ceñudo y pesimista. En sentido contrario al de los pronósticos liberales de 1989, el Tiempo del Tercer Mundo —por decirlo de alguna manera— se ha apoderado del Tiempo de los centros capitalistas. Todo es ya periferia. Y por eso todos se precipitan a delimitar y reforzar las fronteras.

### *La cuenta atrás y el recomienzo de todo*

2017 es probablemente una cifra menor que 2016 e incluso que 2011; y menor, desde luego, que 1945. El siglo xx terminó en 2016 con la muerte de Fidel Castro, un dirigente que convirtió la pequeña Cuba en el centro incómodo de la guerra fría y que reunió en su innegable grandeza todos los vicios y todas las virtudes de la geopolítica de la segunda mitad del siglo pasado. Pero con su muerte, de algún modo, volvió a comenzar la centuria más sangrienta de la historia de la humanidad. Volvió a comenzar el siglo xx y lo hizo, como todo, por el principio. Es verdad que sólo el mar regresa siempre a sí mismo; todo lo demás fluye, irrumpe, se vuelca, desborda, se mezcla, se estanca. Nada se repite, ni siquiera como farsa o caricatura; todo vuelve en la memoria nueva de cuerpos

---

sin historia. Si estamos recomenzando el siglo xx, como creo, es necesario señalar, por tanto, los parentescos y las diferencias.

Estamos recomenzando el siglo xx porque las dos últimas décadas han suprimido los cimientos políticos, jurídicos y morales con los que se construyó, dudosamente justo, el orden internacional vigente desde 1945: primero se esfumó el equilibrio campista de la guerra fría, después la hegemonía estadounidense como espina dorsal de una estabilidad anunciada con triunfalismo y jamás alcanzada sobre el terreno. La demolición de estos dos pilares sucesivos —la derrota de la URSS en 1989 y la derrota de Estados Unidos en 2003— ha generado lo que la revista francesa *Esprit* definía en 2014 como *un nuevo desorden global*,<sup>6</sup> un orden sin centro y, al mismo tiempo, sin alternativa, en el que el declive estadounidense franquea el paso a un crepitar de potencias neoimperialistas, promiscuas en sus alianzas sin futuro, que se disputan los territorios y, más importante, cada vacío simbólico dejado por Washington en los últimos doce años. La guerra en Siria es hoy, sin duda, la revelación y la alimentación de este nuevo «desorden» que, de algún modo, restablece las pugnas interimperialistas de 1914, pero sin posible reparto colonial —pues muchas de las excolonias europeas se suman ahora a la batalla.

Podemos contarlo así: el final de la guerra fría, que dejó sin rival a Estados Unidos y permitió a la UE dismantelar sin resistencia el estado del bienestar otorgado a los europeos contra la URSS, generó también, al margen de los gobiernos y de las izquierdas clásicas, una deman-

6. «Le nouveau désordre mondial», [www.esprit.presse.fr/archive/review/detail.php?code=2014\\_08/09](http://www.esprit.presse.fr/archive/review/detail.php?code=2014_08/09)



---

da difusa y transversal de democratización. En la antigua URSS, ahora descompuesta, el legítimo sentimiento anti-comunista dio lugar a una cadena de protestas, denominadas con un poco de desprecio *revoluciones de colores* (Ucrania, Georgia, Yugoslavia, Kirguistán), enseguida cooptadas por Estados Unidos y sus aliados. Pero la ausencia de la URSS permitió también, a partir de 1994, lo que se ha llamado el *ciclo progresista* en América Latina, en ruptura simultánea con la herencia del socialismo del siglo xx y con la influencia neocolonial de Washington en el continente. Ese —digamos— «deshielo de la guerra fría», con su impulso democrático, tuvo su última recidiva en 2011, cuando los pueblos del «mundo árabe» se alzaron contra las dictaduras del Norte de África y de Oriente Próximo, las últimas supervivientes del antiguo orden bipolar.<sup>7</sup> La mal llamada «Primavera Árabe» —porque no era sólo árabe y duró varias estaciones— reactivó una «revolución democrática global», uno de cuyos focos fue el movimiento 15M en España pero que se paseó, como un fantasma antorchado, por el sur de Europa, Turquía y Estados Unidos.

No es éste el lugar para explicar las razones de su fracaso, pero lo cierto es que, seis años después, ese impulso democrático se ha volteado en su contrario. La importancia de la guerra en Siria es grande al menos por tres motivos: porque ha permitido a Rusia volver a la escena internacional, porque es la expresión feroz de la segunda Primera Guerra Mundial, ahora entre potencias emancipadas de la tutela de Washington, y porque la supervivencia de la dictadura de los Asad —cuando parecía el último

7. Véase, por ejemplo, Gilbert Achcar, *Le peuple veut*, Sindbad, París, 2013.

---

resto de un pasado moribundo— no sólo ha resucitado las autocracias regionales sino que, a través del yihadismo y el desplazamiento de poblaciones, ha justificado una contracción europea y global en nombre del antiterrorismo y la seguridad individual. En definitiva, seis años después de esa sacudida esperanzadora, la ilusión de una democratización general al margen de las ideologías se ha invertido en una guerra interimperialista acompañada de una desdemocratización planetaria. El declive estadounidense no se ha traducido en mayor justicia social y más derechos y libertades sino en un regreso de «la era del Imperio» —por evocar un famoso libro del historiador Eric Hobsbawm—<sup>8</sup> en virtud del cual el litigio entre Estados nuevamente desideologizados, como en 1914, es simultáneo a la revelación de —llamémoslo así— un «Weimar global», igual que en los años veinte a treinta del siglo pasado: el desprestigio de la democracia se extiende por todo el mundo junto con una *reidentitarización* de los conflictos y los vínculos. La reciente victoria de Trump en las elecciones estadounidenses lleva a la cúspide de la todavía potencia hegemónica una tendencia que se ha ido imponiendo un poco por todas partes: el autoritarismo de Putin, la vuelta de las dictaduras al «mundo árabe», la deriva de Erdoğan tras el fallido golpe de Estado de agosto de 2016, el fin del «ciclo progresista» latinoamericano, el *brexít* inglés, el crecimiento en Europa de las fuerzas destropopulistas y neofascistas, algunas de ellas muy cerca ya del gobierno o quizá (cuando se publiquen estas líneas) ya en el gobierno. Si añadimos las transformaciones económicas y laborales, efecto y causa de la crisis, y el retorno a formas de explotación prefordistas asociadas al

8. Eric Hobsbawm, *La era del Imperio*, Crítica, Barcelona, 2001.

---

carácter excedentario de buena parte de la población mundial, hay muchas razones para pensar que 2017 está más cerca de 1917 o de 1930 que de 2018.

*Lo que queda del siglo xx*

Pero si no se puede regresar a un mismo bien —la felicidad evangélica o los primeros califas musulmanes— jamás se vuelve tampoco al mismo mal. Si es cierto que han desaparecido los dos pivotes sobre los que se había levantado el orden posterior a la Segunda Guerra Mundial y, por eso mismo, se ha vuelto de algún modo a la Primera, el siglo xx no ha discurrido en vano. La segunda mitad del siglo xx, en efecto, le ha quitado algunas cosas, y le ha sumado otras, a este retorno esperpéntico a 1914 y 1930, con sus litigios interimperialistas, su Weimar global y su economía de desechos.

¿Qué le ha añadido? Cuatro elementos.

El primero es una globalización más decisiva y novedosa que la económica, cuya primera marea se remonta a 1870. La Segunda Guerra Mundial dejó, en efecto, una marca de la que podemos distraernos —o despistarnos— pero que ya no podemos olvidar. Me refiero a las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, matriz negativa de una «conciencia de especie» que antes de la primera explosión nuclear no existía. Hoy hay una sola Humanidad porque, por primera vez en la historia, la Humanidad puede ser destruida de un solo golpe y en su totalidad, como si constituyera realmente un Individuo y un Sujeto. El hecho de que esta conciencia se mantenga siempre reprimida facilita la vida cotidiana pero la hace también más peligrosa. Como sabemos, el famoso Tribunal de

---

Núremberg, establecido precisamente en agosto de 1945, condenó los *lager* pero no los bombardeos aéreos, que desde entonces se convirtieron, en expresión del jurista Danilo Zolo,<sup>9</sup> en «derecho consuetudinario»: un derecho —el aéreo— que suspende el derecho penal terrestre con su presunción de inocencia y sus garantías procesales y que, a través de los drones, se ha emancipado incluso del vínculo de responsabilidad corporal. En un mundo de «desorden global» en el que, junto a la guerra interimperialista y el destropopulismo, vuelven los viejos exterminios horizontales (pensemos en las cárceles de Asad o en las ejecuciones callejeras de Duterte en Filipinas), la globalización negativa de la Humanidad a través de la destrucción total desde el aire está siempre al alcance de la mano como tentación o como desliz. Los que morían en las trincheras de la Primera Guerra Mundial podían pensar al menos en los supervivientes; la Segunda Guerra Mundial nos ha legado la posibilidad de una posguerra sin supervivientes.

El segundo elemento, relacionado con éste, tiene que ver con el imaginario consumista consagrado a partir de 1950 en Estados Unidos e irradiado al resto del mundo en decontracciones sucesivas. Si hablo de «imaginario» es para desligar sus consecuencias del acceso real, material, a mercancías baratas y edenes mercantiles. Los ciudadanos del mundo son consumidores incluso en medio de la crisis y en los sectores más desfavorecidos: los que no pueden consumir son —como diría Zygmunt Bauman— «consumidores fallidos», y ello en el sentido de que, desmontada la producción fordista, los sujetos globalizados

9. Danilo Zolo, *La giustizia dei vincitori. Da Norimberga a Baghdad*, Editori Laterza, Bari-Roma, 2006.

---

se conciben a sí mismos (su autoestima y su posición de clase) en la esfera del consumo y no en la del trabajo; y porque el capitalismo hiperindustrial ha pasado a explotar el tiempo de descanso más que el de la producción, con la consiguiente «proletarización del ocio» —según la expresión de Bernard Stiegler—<sup>10</sup> y la pérdida de tradición, memoria colectiva y variedad idiosincrásica concomitantes. Esta «proletarización del ocio» es inseparable a su vez de la destrucción ecológica, de la que el famoso informe del Club de Roma era ya consciente en 1972. Dos siglos de capitalismo intensivo y treinta años de hipermercado consumista han dejado muy poco margen a nuestros descendientes, tanto en el ámbito de la resistencia cultural como en el de la distribución de recursos. Cualquiera que contemple la curva de deshielo del Ártico en el año 2016 puede medir con horror lo que la segunda mitad del siglo xx ha «añadido» a este nuevo 1917 o a este nuevo 1930 en el que nos encontramos: la inseguridad más radical que pueda concebirse, la relacionada con los cuatro elementos y su renovación espontánea en términos que permitan la supervivencia humana.

El tercer elemento, inseparable a su vez del imaginario consumista y de la proletarización del ocio, son las nuevas tecnologías, de cuya dimensión sociofóbica se ocupa con gran perspicacia el filósofo César Rendueles en su conocido *Sociofobia*.<sup>11</sup> Las llamadas *redes sociales* han revolucionado los vínculos antropológicos, desplazando la «realidad» y la «vida» lejos de los cuerpos: a un espacio que no es capaz de distinguir lo interior de lo ex-

10. Bernard Stiegler, *De la misère symbolique*, Flammarion, París, 2004.

11. César Rendueles, *Sociofobia*, Capitán Swing, Madrid, 2015.

---

terior, lo privado de lo público, el antes del después, y que por lo tanto fragiliza o impide las memorias densas y los compromisos fuertes. En las redes está delante lo que en los cuerpos está detrás: el impulso y la ocurrencia —todo el contenido de la «mente»— como actualización ininterrumpida de —diría Massimo Recalcati—<sup>12</sup> un «hombre sin inconsciente». La segunda mitad del siglo xx nos ha legado este «hombre sin inconsciente» que nunca será «fascista» por las mismas razones por las que nunca será «moralmente kantiano»; y que colorea con matices nuevos el regreso al periodo de entreguerras y su desdemocratización global.

El cuarto elemento es la globalización del terrorismo, concebido como una radicalización homeopática y descentralizada de la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de cuyas víctimas fueron civiles. No es que no hubiera terrorismo a finales del siglo xix y principios del xx, pero el terrorismo hoy constituye íntimamente —por así decirlo— el orden social; es, si se quiere, uno de sus miembros, incrustado en el corazón de nuestros códigos penales y etológicos como una función de reproducción económica y moral. Después del 11S y la invasión de Iraq y mucho más en el marco de esta desdemocratización global a la que aludía más arriba, nuestros regímenes políticos no sobrevivirían sin atentados terroristas. El terror acostado en las costuras más íntimas, durmiente e imprevisible, construye la fidelidad al orden postdemocrático que la respuesta a ese terror retroalimenta, con la consiguiente nihilización del derecho ilustrado y de la ética común. El terrorismo «corporaliza» las amenazas en un

12. Massimo Recalcati, *Uomo senza inconscio*, Raffaello Cortina Editore, Milán, 2010.

---

mundo de riqueza abstracta y es por eso inseparable de las fronteras, la racialización y las contracciones identitarias; y de las leyes de excepción que naturalizan la pérdida de derechos. Lo que la segunda mitad del siglo xx ha añadido a la Humanidad y ha legado a nuestra época es una desuniversalización de los contratos sociales y las defensas colectivas.

### *La alternativa ausente*

De los cuatro elementos «añadidos» por la segunda mitad del siglo xx a esta cuenta atrás —de 2017 a 1917 y 1930— se pueden deducir fácilmente los elementos «eliminados». Tenemos de nuevo guerras interimperialistas; tenemos un Weimar global y una desdemocratización general; tenemos asimismo la construcción de un «enemigo interno» que adopta esta vez en Europa la forma de islamofobia (y no ya de antisemitismo). Tenemos la amenaza, en consecuencia, de una mayoría social cristalizada en torno a propuestas de selección y jerarquización ciudadana de orden xenófobo y destropopulista: neofascismos, si se quiere, en el sentido muy estricto de que reivindicán y legitiman la necesidad de reducir el disfrute de los derechos civiles y económicos a una parte de la población: «Los franceses —o ingleses o españoles— primero».

¿Qué falta en esta repetición? Falta en primer lugar la polarización o, lo que es lo mismo, la alternativa. El siglo xx ha eliminado la posibilidad (y el deseo) del comunismo, que movilizó a millones de personas y dio lugar a experiencias políticas de gobierno cuya sola existencia, de dudosa legitimidad interna, deslegitimaba el sistema capitalista y sus políticas. Al contrario que en 1917, en

---

2017 no hay ninguna Revolución rusa en ciernes; al contrario que en 1930, en 2017 no hay una izquierda organizada —con independencia de su papel concreto en los conflictos— que sirva de contrapunto y de freno al ceño repentinamente fruncido del capitalismo neoliberal. Derrotado desde fuera y desde dentro, el comunismo es hoy irrecuperable para la resistencia civil y democrática y para la construcción de una mayoría social progresista y republicana. En cuanto a la socialdemocracia, su entusiasta disposición a hacer el trabajo sucio a la Banca Europea, el FMI y las políticas de austeridad de Bruselas la han dejado fuera de juego como opción realista: su desplome electoral en toda Europa refleja y facilita la derechización creciente de las mayorías sociales. El par izquierda/derecha ha desaparecido no en una democracia social globalizada y transversal sino en una victoria sin precedentes de la derecha, que ocupa ahora todo el espacio político. La izquierda, que ha despreciado al «pequeño pueblo conservador» —como diría Michéa—<sup>13</sup> ha dejado expedito este camino.

En esta Europa postrevolucionaria, con sus consumidores fallidos y su ocio proletarizado atrapado en el «ello» de las redes, la alternativa popular al daño social ocasionado por el neoliberalismo no es la «izquierda» en ninguno de sus posibles formatos: es más bien eso que el escritor y activista Amador Fernández Savater describe muy justamente como «élites anti-élites» u «oligarquías anti-oligárquicas»: el caso de Trump y su sorprendente triunfo electoral es el ejemplo más evidente. Del discurso social de la izquierda se han apoderado multimillonarios, em-

13. Jean-Claude Michéa, *Les mystères de la gauche, de l'idéal des lumières au triomphe du capitalisme absolu*, Flammarion, París, 2013.



---

presarios y financieros que, además de beneficiarse del capitalismo cuyos excesos denuncian, predicán el neomachismo, el populismo racista y la jerarquización ciudadana identitaria. Si hay una polarización no es, como en la década de 1930, la que enfrenta a la izquierda y el fascismo sino la que opone un destropulismo muy conservador y claramente «nacionalista» a una clase liberal capitalista que, con cada medida que toma, facilita su camino; y, junto a ésta, tenemos la otra polarización, en este caso «cultural», que enfrenta a dos «fascismos» (si se me permite abusar de un término no trasladable de forma limpia a nuestra época): el fascismo laico y el fascismo religioso, recíprocamente nutridos en el espejo, cuya fricción va estrechando el margen para las posiciones no alineadas; es decir, para las posiciones sólo alineadas con la democracia y los derechos humanos. Si la disyuntiva electoral se limita cada vez más a escoger entre derecha y extrema derecha (Clinton/Trump o Fillon/Le Pen), la disyuntiva vital se reduce de manera ya casi asfixiante a escoger entre «lo mío» y «lo otro».

### *El caso de España*

De este viraje rapidísimo y freudianamente «sinistro» de las esperanzas activadas en 2011 se puede rescatar una frágil pero llamativa excepción en la Europa del sur: me refiero a los tres países (Grecia, Portugal, España) que mantuvieron dictaduras hasta finales del siglo xx, los que más tarde y con más entusiasmo se incorporaron a la UE y en los que el imaginario consumista se impuso de un modo más inapelable al tiempo que las políticas de austeridad que parecían impugnarlo o al menos erosionarlo.

---

El caso de España es particularmente intrigante. ¿Por qué el país más católico del mundo en 1975 es hoy el menos homófobo? ¿Por qué el que fundó a partir de la exclusión del otro su «proyecto nacional» aún fallido es, en cualquier caso, el menos racista e islamófobo? ¿Por qué —como recuerda Sergio del Molino— el más atrocemente fracturado hace ochenta años por una guerra civil, es ahora el menos violento y el más tolerante? ¿Por qué, de algún modo, es el único en el que ni el destropopulismo social ni el «fascismo» cultural avanzan o en el que avanzan a menos velocidad?

Yo diría que esa ventaja tiene que ver —como en Grecia y Portugal— con un defecto o una falta: la erradicación total de la memoria histórica. Con el propósito de explicar las consecuencias culturales del franquismo, alguna vez he citado al historiador tunecino Ibn Khaldun (muerto en 1406), quien en su *Muqqadimah* se pregunta «por qué Dios hizo vagar cuarenta años a los hebreos por el desierto». Ibn Khaldun dice que fueron necesarios cuarenta años, el curso de una entera generación, para borrar «el recuerdo de la esclavitud». En el caso de Franco, fueron necesarios cuarenta años para, al contrario, olvidar el recuerdo de la libertad. España entró en la UE y se zambulló en el imaginario consumista con muy poca memoria y, cuarenta años después de la muerte del dictador, no conserva, para bien y para mal, ninguna raíz en el pasado, como lo demuestra el hecho de que incluso la derecha patriótica española, heredera del propio Franco, dejó a un lado la palabra *patria* como catalizador identitario para imponer, en lógica mercantil-liberal, la «marca España» —lógica de tenderos que dejó libre el significante «patriotismo» para su recuperación «por la izquierda», años más tarde, a través del partido Podemos.

---

Lo cierto es que cuando la crisis sacude España con fuerza cataclística y el bipartidismo surgido de la llamada *transición democrática* pierde clamorosamente su legitimidad, España es un país ya desmemoriado, sin tradiciones ni bandera, casi diría «reformateado» por una combinación de consensos represivos y «hedonismo de masas» (por citar la expresión de Pasolini). Un país sin memoria es un país a merced del viento, veleidoso y postverdadero; un país en el que puede ocurrir *cualquier cosa*. Ocurrió la más inesperada o la más a contrapelo del resto de Europa, víctima de sus propias historias nacionales: ocurrió el movimiento 15M, una ocupación de las plazas en la estela de la «Primavera Árabe» que en mayo de 2011 destituyó simbólicamente el «régimen del 78», con todos sus partidos políticos, de derechas o de izquierdas, y vacunó a —por lo menos— la mitad de los españoles contra los destropopulismos económicos y los neofascismos culturales, y ello en la medida en que se adelantó a dar nombre a los responsables de la crisis: no los inmigrantes sino los bancos; no los ciclos económicos o el despilfarro de los trabajadores sino los políticos y sus medidas anti-sociales. Cientos de miles de jóvenes que no guardaban ningún recuerdo de la guerra civil ni de las trampas de la transición, que no cuestionaban la legitimidad de la monarquía ni mantenían ninguna relación con la militancia de izquierdas, se mantuvieron varias semanas en todas las calles del país denunciando la nulidad del régimen del 78 —«no nos representan»— y reclamando «democracia».<sup>14</sup>

Según las encuestas, hasta el 85 % de los ciudadanos

14. Ver bibliografía sobre el 15M, [www.letra.org/spip/spip.php?article4904](http://www.letra.org/spip/spip.php?article4904)

---

españoles se reconocían en —o mostraban simpatías por— las reivindicaciones quincemayistas, lo que explica el éxito fulminante, tres años más tarde, en las elecciones europeas de 2014, del neonato Podemos, un partido montado a toda prisa para aprovechar la grieta y (con un programa de izquierdas pero sin más etiqueta que la del sentido común y la revuelta transversal contra la austeridad homicida) proponerse como alternativa al PP y al PSOE, fuerzas que se alternan en el poder desde 1982. Tras un ciclo electoral vertiginoso (las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2015, los dos comicios generales de diciembre de 2015 y junio de 2016), Podemos y otras fuerzas afines obtuvieron una representación institucional sin precedentes, pero insuficiente para alcanzar el gobierno, constituir una alternativa sureña a Francia y Alemania y presionar a la UE para un cambio de política económica en favor de las víctimas de la crisis (o, más exactamente, de su destructiva gestión «ideológica»).

España sigue siendo, en cualquier caso, una «frágil excepción» a la desdemocratización que se apodera de las mayorías sociales europeas. Es una «excepción» porque la mitad desmemoriada del país ha redescubierto la política a través de la «democracia», y no del viejo «obrerismo» o de la xenofobia. Es, sin embargo, «frágil», porque esa mitad no sólo se opone a la otra mitad, con su memoria calculadora enquistada en el «régimen del 78», sino a la tendencia general en Europa y en el mundo; y porque la derrota, entrópica o inducida, de las fuerzas del cambio dejaría la «desmemoria», desencantada en medio de las ruinas, a merced de la «revolución destropulista» y sus alternativas autoritarias.

---

## Conclusión

Volvemos, en definitiva, a las guerras interimperialistas de 1914 y al autoritarismo de los años treinta, pero con armas nucleares, imaginario mercantil, redes sociales, cambio climático y terrorismo estructural; y sin izquierda organizada ni alternativa sistémica. La conciencia de un Gran Retroceso o de un «fin de civilización» —la sensación de que el capitalismo no garantiza ya ningún orden, ni siquiera malo, y de que no hay nada fuera, salvo intemperie y feudalismo mafioso— favorece las opciones autoritarias que se imponen por todas partes. La libertad ultraliberal deja paso al despotismo proteccionista securitario. La democracia —política y económica—, tan excepcional en la historia, sin la cual no hay rescate civilizacional posible, vuelve a ser la derrotada. Es difícil anticipar las consecuencias sin asustarse.

**SANTIAGO ALBA RICO** nació en Madrid en 1960 y estudió Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Fue guionista de *La bola de cristal* y escribió, junto con Carlos Fernández Liria, *Dejar de pensar* (Akal, 1986) y *Volver a pensar* (Akal, 1989). Ha sido finalista del Premio Anagrama de Ensayo con *Las reglas del caos. Apuntes para una antropología del mercado* (Anagrama, 1995). Es autor de *¿Podemos seguir siendo de izquierdas?* (Pol-len edicions, 2014), *Leer con niños* (Caballo de Troya, 2007; Literatura Random House, 2015) y *Ser o no ser (un cuerpo)* (Seix Barral, 2017). Es colaborador de *Público*, *Huffington Post*, *Diagonal* o *Cuarto Poder*, entre otros medios.